EL RETORNO DE LA CRISIS

LA CRISIS FINANCIERA DE 2007 Y SU PASO POR EUROPA

COLECTIVO AUFHEBEN

disonancias 6

Índice

Pág.

Prólogo. 7

El retorno de la crisis. 19
Introducción 19
La calma antes de la tormenta 24
Doble burbuja, doble problema 32
La integración de la financiación hipotecaria en el sistema financiero global. 60
De la restricción crediticia a la amenaza de colapso. 70
Conclusión. 90

Naturaleza y significación de la crisis 93
Introducción 93
Explicando la crisis actual. 98
El auge de las finanzas globales. 111
La banca financiera global y los cimientos del largo auge. 123
El auge de China 131
La expansión desmedida de las finanzas y la economía estadounidense (la vieja y la nueva) 146
Conclusión 157

La crisis europea: llevando los PIGS al mercado. 159
Introducción 159
¿Siempre mal y tarde? 161
¿Cuál fue la causa subyacente de la crisis europea?. 185
Alemania y el auge de China 219

Epílogo. 235

Prólogo

Hasta el otoño de 2007, a pesar de quienes avisaban del peligro que se venía encima si pinchaba la burbuja del crédito, un optimismo desmesurado, aunque no necesariamente infundado, podía llevar a pensar que el capitalismo había controlado por fin sus tendencias autodestructivas y se aproximaba hacia lo que muchos consideraban el éxito final. Para desgracia de los apologetas del fin de la historia, la crisis financiera llegó a Estados Unidos y desató una tormenta que disipó las ilusiones creadas.

En España, la crisis se sumó al estallido de la burbuja inmobiliaria. De repente se paralizaron las obras que prometían un futuro esperanzador para miles de familias y áreas suburbanas que ahora son desiertos asfaltados, con sus tomas de agua y sus cajetines preparados para alojar algún día contadores de luz. Los solares son quizá una buena analogía también para representar lo que debía haber sido un discurso teórico radical capaz de hacer frente a la crisis más allá de los lemas repetidos hasta la saciedad.

El despertar del sueño de un capitalismo globalizado ha producido, en lo que se podría considerar la izquierda progresista, una especie de neoantiglobalización de marcado carácter conservador. En el plano económico, la recuperación del discurso keynesiano parece haber desplazado la exigencia de un decrecimiento que frene el deterioro del medioambiente y articule lógicas de reproducción social que no dependan de la acumulación de capital. La propuesta de aumentar el gasto público para impulsar la demanda y reactivar la economía se suma a la imagen de una reindustrialización que devuelva a los países occidentales a la época dorada de la segunda posguerra. El discurso neoliberal, en cambio, se adapta para combatir los efectos del desmadre financiero con una política de austeridad que profundice en el disciplinamiento de las clases trabajadoras.

En medio de este debate, la izquierda más radical permanece anclada en la tesis de un capitalismo terminal al que neokeynesianos y neoliberales intentarían mantener con vida prolongando una agonía inevitable.

Lo que está en juego no es solo la capacidad de articular un relato que explique la experiencia inmediata de la crisis, sino la posibilidad de

entender la complejidad de los procesos históricos que subyacen a esta. La capacidad de entender estas dinámicas es una condición *sine qua non* para transformar las relaciones sociales que se imponen sobre nosotros. En un mundo globalizado y sometido a la expansión y profundización de la lógica del valor, no siempre es fácil tener las herramientas y las condiciones para entender el entramado mistificado y fetichista de las decisiones concretas que se adoptan y las dinámicas abstractas que las motivan.

Esto fue lo que impulsó a un grupo de militantes británicos provenientes de la campaña contra la guerra del Golfo o las políticas de Thatcher a formar, a principios de los años 90, un grupo de lectura dedicado a *El Capital* de Marx y los borradores conocidos como *Grundrisse*. Su objetivo era adquirir y desarrollar herramientas teóricas que les permitieran entender mejor el contexto en el que estaban insertas las luchas en las que participaban. A partir de ahí se formó un colectivo que comenzó a publicar una revista anual en la que se recogen tanto sus propios análisis de la coyuntura política y económica como debates con otros colectivos en torno a los problemas teóricos que subyacen a las diferentes formas de entender la lucha anticapitalista. Su mirada está marcada por su participación en luchas concretas en Reino Unido, pero ello no les ha impedido desarrollar una sólida propuesta teórica que articula planteamientos del marxismo heterodoxo y las izquierdas radicales no leninistas con el impulso de ciertas formas de anarquismo, la autonomía italiana o el situacionismo.

Este libro es una compilación de tres artículos que el colectivo publicó en varios números de su revista entre 2010 y 2012. En ellos se analizan las causas de la crisis financiera que sacudió los cimientos del paraíso neoliberal de crecimiento económico y prosperidad a crédito. Los primeros dos textos consisten en un único artículo dividido en dos partes y publicado por separado en los números 19 y 20 de la revista del colectivo. Se trata de la primera y la segunda parte de este volumen. La tercera parte es un artículo independiente que se publicó en el número 21 un año después y en el que se analiza el desarrollo de la crisis en Europa y los motivos por los cuales la crisis bancaria derivó en una crisis de deuda soberana.

Partiendo de la importante premisa de que en la contradictoria realidad capitalista las apariencias no son mera ilusión, sino precisamente

cómo se aparecen las cosas más allá de las dinámicas que las determinan, la primera parte del libro trata de entender el desarrollo de la crisis en su nivel más inmediato. Mucho se ha escrito acerca de las causas de la crisis, pero las teorías de inspiración marxiana que se han lanzado a criticar las ortodoxias neoliberal y keynesiana adolecen de una importante desconexión entre las formulaciones abstractas procedentes de las teorías de los años 70 y los análisis concretos de la crisis actual. La mayoría de estas teorías se mantienen dentro de la hipótesis del lento declive, pero son incapaces de integrar todo el desarrollo del sistema financiero y su importancia en la reestructuración de la acumulación capitalista de los últimos cuarenta años. La metáfora del cadáver que se mantiene con vida a base de crédito, incluso en caso de ser cierta, se extiende sobre los procesos reales como una explicación omnipotente que apenas logra disimular su impotencia.

Así pues, en la primera parte del libro, se hace un repaso de los distintos momentos que llevaron a la quiebra de Lehman Brothers y de los motivos que impulsaban una gestión de la crisis que parecía amenazar con derribar el sistema bancario y financiero internacional. Se trata de intentar comprender las peculiaridades y particularidades de la crisis alejándose al mismo tiempo tanto de las explicaciones a través de conceptos abstractos como de la falsa inmediatez de los datos empíricos. *Aufheben* despliega un análisis concreto de la mirada burguesa ortodoxa y analiza las causas directas y las apariencias inmediatas de la crisis desde la perspectiva de los gestores del capitalismo. En lugar de asumir que las instancias de decisión política actúan engañadas o engañando, procuran entender la lógica interna de tales decisiones desde su punto de vista.

La pregunta fundamental que ha guiado todos los análisis de la crisis desde la perspectiva ortodoxa ha planteado cómo es posible que se pasara tan rápido de un panorama que parecía brillante al desastre absoluto. Marxistas y keynesianos siempre pueden decir que ello prueba que el panorama no era ni mucho menos brillante, pero para tal cosa es necesario negar o pasar por alto los motivos que invitaban al optimismo. Lo cierto es que la idea de una desregulación bancaria que sólo podía acabar en desastre no deja de ser un relato en retrospectiva de una situación que se desarrolló de un modo más complejo. Las explicaciones unilineales pueden funcionar bien para construir relatos de los que extraer

réditos políticos más o menos inmediatos, pero también llevan aparejado un tipo de orfandad teórica que socava la capacidad de comprender aquellos procesos en que nos vemos inmersos. La idea de la incompetencia y la avaricia de economistas y financieros tiñe de moralismo lo que debería ser una comprensión de carácter más estructural acerca del papel desempeñado por la burbuja inmobiliaria y financiera a la hora de superar los problemas de acumulación del capitalismo fordista.

No se puede entender la burbuja inmobiliaria estadounidense únicamente como fruto del desenfreno financiero; pues también permitió atemperar el impacto de la crisis de la nueva economía en el 2001. El problema de la explicación unilateral es que deja de lado la complicada interrelación entre la expansión del sistema financiero y el desarrollo inmobiliario. El auge económico y el estallido de la crisis no se pueden comprender desde los parámetros de la ilusión y la verdad. Para entender el paso del panorama brillante al desastre hay que integrar en la explicación los motivos reales para el optimismo que llevaron a las autoridades políticas y económicas a gestionar la acumulación de capital de la forma en que lo hicieron.

Ahora bien, reconocer la importancia de entender las causas inmediatas de la crisis, así como las explicaciones que articulan los relatos oficiales, no equivale a renunciar a una explicación histórica que vaya más allá de las apariencias inmediatas y que sitúe los procesos en sus condiciones de posibilidad. Esto es lo que hace *Aufheben* en la segunda parte del artículo que aquí se publica también como segunda parte del libro. Explicar los motivos que llevan a una determinada gestión de la crisis por parte de las autoridades políticas y económicas no permite iluminar sus causas profundas. Para ello es necesaria una teoría de la crisis que articule la dialéctica entre lo abstracto y lo concreto mostrando cómo las dinámicas actuales están determinadas por procesos de más largo recorrido y, al mismo tiempo, cómo la integración de esas dinámicas en tales procesos condiciona y determina su desarrollo.

Esta mirada de más largo alcance conduce inevitablemente a los años 70 por ser hasta hace poco el último gran momento de reestructuración capitalista. El inicio de la hegemonía neoliberal y las políticas de desmantelamiento de todo el entramado keynesiano marcaron esa nueva fase de acumulación que pareció implosionar en 2007. En esta

segunda parte, se discute fundamentalmente con las teorías marxistas y keynesianas la interpretación de que toda esta fase neoliberal de acumulación de capital ha sido una ilusión comprada a futuro. La idea de un capitalismo en irremediable declive que sólo habría sido mantenido con vida a base de insuflarle crédito es cuestionada sobre la base de que una teoría cuyo éxito explicativo se pospone durante cuarenta años no puede ser considerada una verdadera explicación. Así pues, el análisis de *Aufheben* sustituye la idea del declive por la idea de una tectónica de placas del capitalismo que va ajustando los procesos globales de acumulación produciendo terremotos y *tsunamis* a medida que se producen desplazamientos de los polos de acumulación. El capitalismo se mueve mediante una lógica contradictoria que hace que su desarrollo socave sus propias condiciones de posibilidad. Este agotamiento autoproducido ya motivó la expansión colonial y, más tarde, la globalización en busca tanto de nuevos mercados como de nueva fuerza de trabajo explotable. La tesis de la tectónica de placas, contrariamente a la idea de que tal necesidad de expansión conlleva en sí un límite insuperable motivado por un movimiento creciente del centro hacia la periferia, contempla el hecho de que una vez consumidas las posibilidades geográficas de expansión, aún cabe que ese centro de acumulación se desplace o se multiplique por el globo. Las fricciones y los cataclismos que este movimiento genera se expresan en la superficie del mismo modo que las crisis de sobreproducción o sobreacumulación sectoriales y globales, pero la metáfora de las placas renuncia, al menos *a priori*, a la idea de un proceso unilineal de declive necesario. Desde este punto de vista cobra una importancia decisiva la aparición de China, primero como principal fábrica del mundo y después cada vez más como potencia económica. *Aufheben* pone en relación este auge de China con la importancia del sistema bancario y su expansión internacional en la reestructuración de la acumulación de capital.

A pesar de las turbulencias financieras y las devastadoras crisis económicas en muchas regiones del planeta durante los 80 y los 90 del pasado siglo, la reestructuración neoliberal logró restaurar las tasas de ganancia a niveles que no se veían desde la segunda posguerra y que dieron lugar a un largo auge económico. Este auge se veía además sostenido por la dinámica de refuerzo mutuo establecida entre la acumula-

ción de capital en China y el Sur Global, por un lado, y Estados Unidos y las demás economías occidentales, por el otro. Aunque fuera razonable esperar que esta complementariedad tendría que llegar a su fin a medida que China viera erosionada su alta tasa de ganancia por la lógica de la competencia y, al mismo tiempo, comenzara a amenazar la hegemonía económica estadounidense, *Aufheben* tiene razón al señalar lo inadecuado de las teorías que explican esta etapa como una prosperidad ilusoria que meramente esconde una tendencia subyacente al estancamiento.

Las teorías keynesianas suelen señalar que el desmantelamiento de las medidas de regulación y supervisión del sistema financiero impulsado por la ideología neoliberal auguraba tarde o temprano una crisis como la que desató en 2007 la restricción crediticia. El argumento de *Aufheben*, sin embargo, critica que este relato no explica qué fue lo que hizo tan frágil un sistema financiero que poco antes había sido capaz de absorber con mucha solvencia la crisis desatada tras el estallido de la burbuja de la nueva economía. El principal problema del enfoque keynesiano es que atribuye la crisis financiera a una serie de políticas erróneas, desplazando la mirada de los movimientos estructurales que a su vez determinan esas políticas. Esta distinción entre políticas erróneas y políticas adecuadas establece un marco en el que las contradicciones inherentes a la acumulación de capital se diluyen en una serie de problemas que se podrían resolver con una buena gestión política de la economía, sin atender al modo en que la propia economía determina la política.

Las teorías de corte marxista buscan situarse en esas contradicciones profundas que inevitablemente se manifiestan como crisis, en este caso financiera, pero, aunque así se apunta al vínculo de la crisis con la acumulación real de capital, su incapacidad para integrar el modo en que la expansión del sistema financiero ha reestructurado la acumulación global de capital lastra su capacidad explicativa con las coordenadas de las crisis de los 70. La evidencia empírica parece contradecir la idea de que el largo auge económico experimentado desde los 90 no es más que una ilusión generada por sucesivas burbujas y que, en realidad, nos encontramos en el inicio de un largo ciclo de declive.

Rechazando tanto esta teoría del declive y la prosperidad ilusoria como el argumento de las políticas erróneas que no tienen necesaria-

mente conexión con la economía real, *Aufheben* busca situar las raíces de la crisis financiera en el propio auge económico que la precedió. Para ello, es necesario poder explicar la expansión del sistema financiero más allá del argumento de la codicia inconsciente. El importante punto de partida es que el sistema financiero «no es una esfera autónoma e independiente de la "economía real" y tampoco una mera expresión de la acumulación real de capital». De lo que se trata es de captar de un modo históricamente específico la interrelación entre la lógica interna del sector financiero y las necesidades de acumulación real de capital. Así, *Aufheben* puede explicar de modo integrado la relación entre la presión que impone el mercado financiero a la hora de maximizar los beneficios y el valor de las acciones y los procesos de externalización de capital en busca de la fuerza de trabajo barata en el tercer mundo.

En lugar de usar la narrativa del declive como marco abstracto capaz de explicar todos los procesos concretos que operan en el desarrollo capitalista, *Aufheben* presta especial atención al papel desempeñado por el auge de China en esta dinámica. Tanto las necesidades productivas de su enorme crecimiento como los efectos que este crecimiento han tenido en la oferta de capital dinerario parecen apuntar más a un exceso de ahorro de capital y a una crisis de sobreacumulación que a una caída de la tasa de ganancia. Aunque este libro no ofrece conclusiones definitivas para cerrar el debate acerca de si la reestructuración neoliberal supuso un relanzamiento de la acumulación o un mero posponer el declive final del capitalismo, sí permite desbrozar el terreno de las simplificaciones en que en ocasiones han incurrido tanto las teorías keynesianas como buena parte de los análisis marxistas. El trabajo de *Aufheben* es un buen ejercicio contra la complacencia teórica.

El artículo que constituye la tercera parte de esta edición se centra en el desarrollo de la crisis en Europa y su transformación en una crisis de deuda soberana. En él también se intenta comprender la dialéctica entre los procesos subyacentes que determinan los fenómenos inmediatos tal y como se nos aparecen a la experiencia y las decisiones concretas que adoptan las autoridades políticas en respuesta a esos procesos. En este caso, *Aufheben* se centra en cómo y por qué se llevó a cabo la gestión de la crisis en Europa de una manera que no sólo iba en contra de las condiciones de vida de la población europea, sino que también

parecía desesperar a las clases dirigentes del resto del mundo. En este sentido, se trata de ver el método detrás de la aparente locura de una serie de decisiones que parecían agravar la crisis en lugar de resolverla. Tras el repaso de los distintos momentos y movimientos en que se desarrolló la crisis europea, el artículo vincula las medidas adoptadas con la teoría de la tectónica de placas avanzada en las dos primeras partes. Se sitúa la crisis europea en la dinámica global generada por el auge de China y el desplazamiento de los polos de acumulación a lo largo del globo. La relación de Alemania con esta dinámica y del resto de Europa con Alemania resultan indispensables para entender qué hay detrás de una política de austeridad que en su momento parecía amenazar no sólo las condiciones de vida, sino la propia salida de la crisis hacia una nueva etapa de recuperación global.

En un momento en que el problema de Europa parece más acuciante que nunca, tener la suficiente clarividencia teórica resulta fundamental para articular una respuesta práctica y política a los desafíos que la crisis ha desatado en el continente. Mientras proliferan las derechas extremas con un discurso que alterna el supremacismo europeísta en lo cultural con un rechazo a las estructuras e instituciones político-económicas supranacionales, algunas izquierdas también parecen querer sumarse a este discurso que ofrece al descontento generado por las políticas de austeridad el refugio del cierre nacional. Más allá de los debates políticos, y los peligros que tal cierre conlleva, es importante comprender bien la amplitud de las dinámicas que están en juego. Ni el europeísmo ingenuo ni el llamamiento abstracto a la soberanía nacional captan la articulación de la competencia capitalista dentro del espacio europeo o su integración en las dinámicas de acumulación global. En tal sentido, este libro, y en especial su tercera parte, ofrecen una aportación clave al debate acerca del futuro que se nos viene encima tanto en lo relativo a la consumación del *Brexit* como a la rearticulación político-económica europea tras los distintos rescates a Grecia y el resto de la periferia de la UE.

Ciertas voces críticas de la izquierda española ponen especial énfasis en la llegada inminente de una nueva crisis como factor determinante del futuro político europeo. Aunque ello tiene la virtud de no simplificar la cuestión de la autonomía de lo político y la soberanía nacional, en muchas ocasiones se mantienen dentro de la idea de un declive inevitable y

una crisis de acumulación más o menos definitiva como paradigma que todo lo explica. La forma en que *Aufheben* pone en relación concreta el vínculo entre la unión monetaria y los desequilibrios comerciales dentro de la UE con la tesis de la tectónica de placas ofrece una explicación mucho más específica de ciertos procesos que el debate acerca del futuro de Europa, y las posibilidades de lucha anticapitalista que se abren y cierran, haría bien en no desdeñar.

Más allá de la importancia teórica de estos textos, es importante no perder de vista en ningún momento su forma. Su profundidad de análisis no es óbice para que se trate de textos de combate, pensados como una intervención inmediata en los debates que se producían en aquel momento en torno a la crisis. Nos interesa destacar que se trata de textos con una capacidad poco habitual para conjugar rigor teórico y perspectiva militante. Ello les aleja de dos tipos de complacencia que suelen impregnar la teoría social. En el ámbito académico el rigor suele confundirse con cierta complacencia política, como si la seriedad teórica estuviera reñida con la crítica radical. En los análisis que se llevan a cabo desde el ámbito más militante, en ocasiones el radicalismo sustituye el esfuerzo intelectual, cayendo a su vez en cierta complacencia teórica que en nada ayuda a estar mejor preparados y preparadas para transformar las relaciones sociales capitalistas. *Aufheben* demuestra que rigor y radicalidad no están en absoluto reñidos y que hay vida para la producción teórica y el análisis serio fuera de los cauces institucionales de la academia.

A pesar del valor de estos textos, no cabe duda de que su edición en castellano seis años después de haber sido escritos y publicados en inglés conlleva cierto desfase temporal. Este tipo de intervenciones teóricas en revistas de análisis político en principio no están pensadas para sostenerse en el tiempo en formato libro. Aquí más que nunca la verdad demuestra su índice temporal. Es evidente que mucho de lo ocurrido en estos años requeriría una reactualización del análisis a la luz de nuevas interpretaciones. Sin embargo, el motivo que impulsa la publicación de estos artículos no es tanto su capacidad predictiva, como su capacidad comprensiva. En este sentido, los textos no han perdido ni un ápice de su agudeza y, a pesar del mencionado desfase temporal, ofrecen claves de análisis importantes para el futuro que viene. En lo que se refiere al

estilo, hemos optado por llevar a cabo una mínima corrección tanto de las referencias temporales específicas como del tiempo verbal en general con la intención de evitar en la medida de lo posible la confusión que podía derivarse de ese desfase.

No nos queda sino agradecer al colectivo *Aufheben* la enorme paciencia que han tenido con este proyecto de edición. El trabajo editorial militante y no asalariado, sea por amor al arte o, como es nuestro caso, por odio al capitalismo, es una experiencia realmente satisfactoria, pero conlleva no pocos inconvenientes; entre ellos que la traducción de estos textos permaneciera aparcada durante varios años a la espera de poder ser publicada. Aunque ello nos dio la oportunidad de pedir a *Aufheben* que escribieran un epílogo en el que analizaran su propio análisis y ofrecieran nuevas perspectivas alcanzadas con el paso del tiempo, desde entonces han vuelto a pasar más de dos años hasta que por fin el libro ha podido ver la luz. Aquí también debemos agradecer a Dado Ediciones que hayan asumido un proyecto que tras la desaparición de la Editorial Klinamen amenazaba con quedarse en una carpeta de ordenador. Esperamos que este último libro que entregamos a la imprenta contribuya al rearme teórico de un movimiento radical que habrá de enfrentarse en un futuro no tan lejano a las consecuencias aún por llegar de la última crisis que sacudió el capitalismo.

Jorge del Arco, noviembre 2018

Epílogo [34]

Ya ha pasado casi una década desde la crisis financiera y el inicio de lo que se ha llamado la «gran Recesión», y quizá nos corresponde al menos hacer un esquema de lo que ha ocurrido durante este tiempo y qué creemos que puede pasar en el futuro próximo. En 2013 analizamos con cierto detalle la lenta recuperación económica en Reino Unido en el artículo «*What happened to economic recovery in the West? The case of the UK*».[35] Aunque el artículo estaba enfocado en su mayor parte en Reino Unido, en la Introducción hicimos un breve resumen de lo que había pasado en todo el mundo durante los cinco años que siguieron a la crisis. Tal vez valga la pena repetir lo que dijimos entonces, dado que creemos que sigue siendo acertado en su mayor parte, antes de analizar brevemente lo que ha ocurrido desde entonces y lo que puede ocurrir en el futuro.

¿Qué ocurrió con la recuperación económica?

En los números 18 y 19 de *Aufheben* presentamos un artículo dividido en dos partes sobre la crisis financiera que empezó con la restricción crediticia del verano de 2007 y culminó un año después con el sistema financiero global a punto de colapsar.[36] En la primera parte nos centramos en las causas inmediatas de la crisis y, en la segunda, situamos la crisis en el contexto del largo auge de la acumulación global de capital desde los 80. En su mayor parte el artículo era retrospectivo. Sin embargo, en la conclusión de la segunda parte sí expresamos la opinión, aunque bastante intuitiva, de que la crisis no señalaba necesariamente el inicio de un nuevo ciclo de declive en el desarrollo capitalista:

> «…no parece que hayamos entrado en un largo declive, o que el capitalismo esté atrapado en un estancamiento más allá de la propia crisis

34. Este texto fue escrito en abril de 2016. Si bien en el resto del libro se ha optado por adaptar el lenguaje y las referencias para que el desfase temporal no generara confusión, en este caso se ha decidido dejarlo tal cual fue escrito. (N. del T.)

35. *Aufheben* #22

36. Se trata de la primera y la segunda parte de esta edición en castellano (N. del T.).

> financiera. De hecho, la rápida recuperación de los beneficios, así como la confianza de buena parte de la burguesía en las perspectivas a largo plazo de una acumulación de capital renovada, podrían sugerir más bien lo contrario.»

Así pues, concluíamos:

> «…la naturaleza y la significación de la crisis financiera no consiste ser un punto de inflexión decisivo que vaya a generar una desaceleración económica o el fin del neoliberalismo, como muchos suponen, sino más bien un punto de inflexión hacia una nueva fase en el largo periodo de crecimiento económico.»

Es cierto que, en una nota al pie, nos guardamos las espaldas:

> «… la rápida recuperación de los beneficios tras la crisis aún no ha resultado en un resurgimiento de la inversión y, por tanto, de la acumulación real de capital. Incluso si la acumulación de capital despega, las medidas de austeridad impuestas por los Gobiernos en toda Europa probablemente harán que la recuperación económica sea lenta durante varios años.»

No obstante, no esperábamos que cinco años después de la crisis la producción de la economía británica aún fuera a estar por debajo de los niveles anteriores a la crisis.

Así pues, ¿estábamos equivocados? Desde el punto de vista de los británicos y, de hecho, de buena parte del viejo feudo capitalista de Europa, Japón y Norteamérica, los últimos cinco años han sido un periodo de lento crecimiento económico, sino de estancamiento. No ha habido rápida recuperación tras la recesión que siguió a la crisis financiera. Es más, el poco crecimiento económico solo se ha sostenido por las políticas monetarias excepcionales y sin precedentes del Banco de Inglaterra y la Reserva Federal, que han creado vastas cantidades de dinero y han mantenido los tipos de interés extremadamente bajos.

Ciertamente, desde esta perspectiva, parecería haber suficientes indicios para ver la crisis financiera como el principio de un declive en el curso del desarrollo capitalista, sino incluso el comienzo de su fin. Pero esa perspectiva no tiene en cuenta lo ocurrido en el resto del mundo.

Durante más de ciento cincuenta años la acumulación mundial de capital ha estado concentrada en el núcleo formado por las economías capitalistas avanzadas de Europa y Norteamérica. Durante el siglo XX poco cambió a excepción de la consolidación de EE UU como la superpotencia económica mundial, el auge y el declive de la URSS y la inclusión de Japón en el «club de las naciones ricas». El resto del mundo siguió siendo periférico. Ello ha hecho que durante mucho tiempo se haya asumido que el destino del capitalismo mundial está situado en EE UU y el viejo feudo capitalista. Sin embargo, a partir de los 90, el auge de China y las «economías emergentes del Sur Global», que ya suman casi la mitad del PIB mundial, ha modificado esta estructura. La importancia de esto se hizo evidente en medio de la crisis financiera, cuando EE UU no convocó al club de las viejas naciones ricas del G8 para lidiar con la crisis, sino que llamó al G20 ampliado para incluir a China y a la mayoría de los prominentes miembros del Sur Global emergente.

A la hora de considerar el destino del capitalismo mundial no podemos simplemente analizar lo que ocurre en EE UU y en el viejo feudo capitalista. Aunque en los últimos cinco años la recuperación de la crisis ha sido excepcionalmente lenta en Occidente, durante este mismo periodo se ha dado una rápida recuperación económica en las economías emergentes del Sur Global.[1] Mientras el crecimiento anual de la economía mundial antes de la crisis financiera de 2008 oscilaba entre el 4% y el 5%, en los últimos cinco años se ha situado entre el 3% y el 4%, sobre todo debido a la falta de crecimiento en el antiguo feudo capitalista. Tales tasas de crecimiento difícilmente pueden ser consideradas como indicadores de un estancamiento económico o el comienzo de un declive a largo plazo.

A escala mundial podríamos decir que estábamos en lo cierto: la crisis de 2008 señaló un punto de inflexión, no un cambio en la curva del desarrollo a largo plazo del capitalismo.

Además, sugerimos, aunque en una nota al pie, que:

> «Se podría entender la crisis como un terremoto causado por el movimiento de las placas tectónicas de la acumulación global de capital, a

1. Entre 2008 y 2012, el PIB nominal de EE UU pasó de 14,2 a 15,7 billones de dólares (un incremento del 10% debido sobre todo a la inflación). En marcado contraste, el PIB nominal de China ha aumentado un 80%, desde los 4,5 a los 8,4 billones de dólares.

medida que el centro de acumulación se mueve gradualmente de EE UU y las viejas economías capitalistas avanzadas hacia China y Asia.»

Debemos admitir que no previmos esta bifurcación de la acumulación global. No esperábamos que tras la crisis China pudiera convertirse, al menos temporalmente, en la locomotora de la recuperación económica mundial. Tampoco esperábamos que el alcance de la lenta recuperación fuera tal en el viejo feudo del capitalismo.

Así pues, ¿qué ha pasado desde entonces y qué conjeturas podemos hacer sobre el futuro?

En el momento en que escribimos este texto –abril de 2016– ha quedado claro que China está perdiendo fuelle rápidamente como «locomotora de la economía mundial». Ya en 2013 había señales de que la economía china se estaba «sobrecalentando». Una inflación de precios y salarios de dos dígitos, y cada vez más préstamos bancarios de mala calidad, llevaron a las autoridades a adoptar medidas para controlar el espectacular, y cada vez más especulativo, crecimiento económico. Para empezar, se redujo el programa de inversión estatal en infraestructuras y obras públicas que había impulsado la recuperación económica de China tras la crisis de 2008 y 2009. También se subieron los tipos de interés y se endurecieron las restricciones al préstamo bancario con el fin de desincentivar el crédito excesivo y especulativo. Al mismo tiempo, se llevaron a cabo numerosos juicios-espectáculo por corrupción de alto nivel a funcionarios y cuadros del partido, para dejar claro que «la fiesta había terminado» y que se toleraría mucho menos que los cargos del partido flexibilizasen las normas para su propio beneficio y enriquecimiento personal. Gracias a todo ello, las autoridades chinas consiguieron enfriar la economía de forma gradual y controlada, ralentizando el crecimiento desde el 10% de 2012 a un más sostenible 7% en 2015.

Esta calculada desaceleración de la economía china ha causado una brusca ralentización entre las «economías emergentes» del Sur Global. Las cuantiosas inversiones en la construcción de carreteras, autovías, aeropuertos, plantas de energía y demás infraestructura económica que impulsaron la recuperación tras la crisis habían dado lugar a un rápido

crecimiento en China, y por consiguiente en la demanda mundial de alimentos, combustible y materias primas, cuya producción se lleva a cabo mayoritariamente en esas economías emergentes. Con la reducción de los programas de inversión en infraestructuras, la demanda china de esos «productos primarios» se ha reducido bruscamente en los últimos dos años. Como el crecimiento en la demanda se situó por debajo del incremento de la oferta, a finales de 2014 los precios empezaron a caer. Hacia mediados de 2015 el precio del petróleo se había reducido a menos de la mitad y en esta caída le han seguido la mayor parte de productos primarios. Teniendo que afrontar el descenso en las ventas y los precios de sus principales exportaciones, muchas economías del Sur Global están experimentando ahora una precipitada caída de su tasa de crecimiento económico. Brasil, Sudáfrica y Rusia ya están inmersos en una recesión.

Esta brusca desaceleración en el Sur Global ha resultado en una rápida ralentización, incluso contracción, en la demanda de exportaciones baratas provenientes de China. A finales de 2015, la secuela de su propia desaceleración económica parecía estar haciendo sentir su impacto con señales de que el crecimiento de las exportaciones chinas —en su momento el principal motor de su rápido crecimiento económico— había llegado a un punto muerto. Como consecuencia, se están revisando significativamente a la baja las previsiones independientes sobre el crecimiento económico de China para este año.

Pero el impacto de la desaceleración de China no se ha limitado a las economías emergentes del Sur Global. El auge posterior a la crisis también había dado lugar a un aumento en la demanda de herramientas de alta precisión, plantas y maquinaria necesarias para construir y equipar las nuevas ciudades industriales chinas y la infraestructura necesaria para soportarlas, así como a la demanda de bienes de lujo y productos de marca por parte de la creciente y próspera «clase media» china. El rápido crecimiento chino produjo una demanda cada vez mayor de importaciones producidas en el feudo capitalista del Norte Global. Sobre todo Alemania se ha beneficiado no solo directamente del aumento de las exportaciones a China, sino indirectamente por el aumento del comercio con Rusia alimentado por los abultados ingresos del petróleo.

Como hemos argumentado en uno de los capítulos del libro, fue la promesa de las grandes oportunidades de negocio que planteaba el auge

de China, junto con las amenazas que acompañaban su creciente competencia, lo que llevó a las burguesías alemana y europea a imponer una draconiana reestructuración de su economía basada en las políticas de austeridad que se implementaron mediante la crisis europea. En un principio, las crecientes exportaciones a China y Rusia sirvieron para contrarrestar la brusca caída en las exportaciones a las economías machacadas por la austeridad del sur y el oeste de Europa. Alemania, y su zona de influencia en el norte y este de Europa, se libraron en gran medida de que las duras políticas de austeridad impuestas a sus vecinos del sur al comienzo de la crisis del euro afectasen a su propio crecimiento económico.

Con la ralentización de la economía china, la perezosa recuperación de las recesiones económicas que sufrieron Portugal, España, Italia e Irlanda como consecuencia de las medidas de austeridad que siguieron a la crisis del euro fue más que contrarrestada por el decreciente crecimiento económico de Alemania y el norte y este de Europa. El crecimiento agregado de la UE avanza a paso de tortuga.

Con buena parte del viejo feudo capitalista aún atrapada en un crecimiento económico lento, Estados Unidos se ha destacado como excepción. La recuperación económica estadounidense ha sido interminablemente larga para los estándares históricos, ya que a diferencia de la mayoría de recesiones de la posguerra, no ha habido un breve estallido de crecimiento de la economía que intente recuperar el tiempo perdido. Por el contrario, la economía estadounidense ha vivido una aceleración lenta pero sostenida de la tasa anual de crecimiento hasta el punto de llegar al 2,5% los últimos dos años (significativamente por encima de la media a largo plazo anterior a la crisis: aproximadamente un 2%). Podría decirse que se encuentra en un pequeño *auge* con descensos sustanciales en las cifras del desempleo.

La Reserva Federal ha sido capaz de comenzar el largo trayecto hacia la restauración de una política monetaria que se asemeje hasta cierto punto con la normalidad. Durante los últimos dos años, ha suavizado mucho la política de «expansión cuantitativa», y el pasado diciembre dio el primer paso tentativo para subir los tipos de interés.

El problema ha sido que, en cuanto la Reserva Federal hubo subido los tipos de interés, los datos económicos de finales de 2015 empezaron a sugerir un significativo debilitamiento de la economía estadounidense.

Esto se ha debido, al menos en parte, a la brusca caída de la inversión en el sector del petróleo y el gas como consecuencia del derrumbe de los precios del crudo a principios de año. Janet Yellen, presidenta de la Reserva Federal, ha tenido que anunciar que habrá que posponer mayores subidas de los tipos de interés

Para la mayoría de los economistas convencionales, esta reciente e inesperada desaceleración del crecimiento económico en todo el mundo no es más que parte de una sobrecorrección en el ajuste de la economía global a la ralentización de la economía china durante los últimos dos o tres años. Una sobrecorrección que se espera que sea más o menos corregida a lo largo de 2016.

Se puede argumentar que, en tanto que la caída en los precios del petróleo lleva consigo precios más bajos en la gasolina y las facturas de la luz para los consumidores, el dinero puede gastarse en otros «bienes» y «servicios», aumentando así la demanda total. Al mismo tiempo, es de esperar que el desplome en los precios del petróleo y otros productos primarios impulse una caída en los costes de producción, incrementando los márgenes de beneficio, en especial en las industrias manufactureras y de transporte a lo largo del globo. A lo largo de 2016, tanto para China como para el viejo feudo capitalista, los efectos positivos de la caída de los precios del petróleo y otros productos primarios sobre el crecimiento económico global deberían empezar a compensar el actual impacto negativo de la reducción de la inversión en el sector energético.

Además, para las economías emergentes del Sur Global, el precio del petróleo y las materias primas parece haberse estabilizado. En los próximos meses, a medida que los productores con altos costes reduzcan la inversión y cierren plantas no rentables, y según la demanda continúe aumentando —aunque a un ritmo más lento—, se relajará el exceso de oferta en los mercados de materias primas y los precios deberían empezar a subir por encima de los niveles mínimos actuales. Mejores precios, junto con cada vez mayores ventas de sus principales exportaciones, deberían asegurar la recuperación económica de aquellas economías del Sur Global que actualmente están en recesión o al borde de ella.

No habiendo conseguido predecir el alcance de esta sobrecorrección de la desaceleración controlada de la economía china, y tras conjeturar de forma bastante optimista que dicha ralentización sería

compensada por un fuerte crecimiento en EE UU y una continuada recuperación económica en Europa tras la crisis del euro, la mayoría de los analistas económicos ha tenido que revisar drásticamente sus predicciones para la tasa de crecimiento de la economía global en 2015. El FMI había predicho originalmente un crecimiento del 3,6% en 2015, un poco por encima del 3,4% que estimaban que la economía global había crecido en 2014. Para finales de 2015 esta previsión se había recortado hasta el 3,1%.

No obstante, el FMI aún esperaba que la economía mundial se recuperara para finales de 2016, lo que les permitía prever una tasa de crecimiento del 3,4% en el conjunto del año. Una vez que a lo largo del invierno se ha hecho evidente en toda su extensión la «sobrecorrección» ante la desaceleración de China, esta previsión ha tenido que ser reducida al 3,2%. El FMI ahora avisa de que hay una alta probabilidad de que esas predicciones sean revisadas a la baja.

En primer lugar está la conjunción de lo que puede convertirse en los próximos meses en una perfecta tormenta de incertidumbre política. En ambos lados del Atlántico se está viendo el avance de tendencias políticas populistas y *anti-establishment* tanto de la izquierda como de la derecha. Con Donald Trump como candidato republicano para las presidenciales de Estados Unidos, hay una oportunidad significativa de que no solo un amplio sector del congreso estadounidense acabe en manos del ala populista del «Tea Party» republicano, sino también de que el próximo presidente sea un «antipolítico» impredecible e inconformista, una situación sin precedentes con consecuencias desconocidas.

A este lado del Atlántico, en 2015 se produjo la victoria electoral de la «izquierda radical» en Grecia, lo que condujo a un pulso entre el nuevo Gobierno griego y el *establishment* europeo que llevó al país heleno al borde de la expulsión del euro y amenazó con reanudar la crisis en Europa occidental y meridional. Aunque el Gobierno griego perdió el duelo, esto no ha resuelto el asunto de la draconiana austeridad impuesta sobre Grecia, algo que se teme que aún pueda estallar en cualquier momento. Pero si la amenaza a la integridad de la UE que suponía el «Grexit» ha disminuido por el momento, ha sido reemplazada por el peligro del «Brexit». A medida que se avecina el referéndum sobre la

permanencia de Reino Unido en la UE, aumenta el riesgo de que Reino Unido se desvincule de la Unión unilateralmente.[2]

Todo esto se ha combinado con la llegada de cientos de miles de refugiados que huyen a Europa de la intervención rusa en la guerra de Siria, algo que, junto con la serie de atentados del Daesh en Francia y Bélgica, amenaza con fracturar la unidad de la UE. Ahora existe una clara posibilidad de que la estructura política de Europa, que durante décadas se ha creído garantizada, termine hecha trizas.

Con semejante incertidumbre política, incluso el siempre optimista FMI ha expresado sus temores de que en los meses venideros los capitalistas pospongan sus principales inversiones de capital hasta que la situación se aclare a ambos lados del Atlántico. Esto podría llevar a un colapso en la inversión privada que exacerbe aún más la sobrecorrección a la desaceleración económica china que ya se ha convertido por sí misma en un factor de incertidumbre para los negocios. Europa, y quizá el mundo entero, podría verse sumergida en una profunda recesión económica.

La segunda preocupación del FMI es el riesgo de otra crisis financiera global a la escala de 2008. El rápido crecimiento económico de las economías emergentes del Sur Global atrajo un gran flujo de capital dinerario a corto y medio plazo en busca de una porción de los vastos beneficios que podrían obtenerse. Con la brusca ralentización de estas economías, es probable que se acelere el retorno de estos flujos de capital, aumentando así las expectativas de una volatilidad mucho mayor en los mercados financieros globales. Con una minoría sustancial de los bancos del mundo, sobre todo en Europa, aún tratando de «deshacerse» de su deudas basura, y por tanto susceptibles de mayores pérdidas inesperadas, esta mayor volatilidad de los mercados financieros amenaza con empujares a la bancarrota. Si se hunde alguno de estos bancos, podría arrastrar consigo a todo el sistema bancario mundial.

Estas preocupaciones han motivado al FMI, junto con otras organizaciones neoliberales como la OCDE, a dar el inusual paso de inspiración keynesiana de apremiar a los Gobiernos en una buena situación

2. Este epílogo se escribió antes de la victoria del «Sí» en el referéndum. Para un análisis del colectivo *Aufheben* acerca del Brexit, véase «Brexit means… what? Hapless ideology and practical consequences», *Aufheben*, 24, 2016. Disponible en línea: <https://libcom.org/library/brexit-means%E2%80%A6-what-hapless-ideology-practical-consequences >. (N. del T)

financiera, como Alemania o China, a aprovechar los bajos tipos de interés para pedir dinero prestado y financiar la inversión en infraestructura social y económica, relajar las medidas de austeridad y frenar las «reformas del mercado laboral» que podrían debilitar la capacidad de los sindicatos para resistir una espiral deflacionaria de caída de precios y salarios. Todo ello, a fin de mantener el impulso del crecimiento económico frente al difícil periodo que se avecina para la economía global. El Gobierno chino ya ha empezado a alimentar la demanda reanudando las grandes inversiones en obras públicas. Sin embargo, es discutible que Alemania y el BCE estén por la labor de abandonar su programa de reestructurar la economía europea mediante medidas de austeridad.

Si la economía global consigue evitar estos riesgos de recesión durante los próximos dos años, ¿cuáles son las expectativas para los próximos siete? A menos que haya una gran reestructuración de la acumulación de capital en EE UU, parece poco probable que la economía estadounidense sea capaz de mantener una tasa anual de crecimiento superior al 2,5% que ha alcanzado recientemente. Así pues, ¿quién puede dar la cara frente a la contracción causada por la desaceleración de la economía china de los últimos años? Tras el fracaso de los incontables intentos de hacer arrancar su economía a lo largo de las últimas dos décadas, Japón, la tercera mayor economía del mundo, no parece tener muchas opciones de tomar el relevo. Esto deja como única opción a Europa. Se podría argumentar, siendo optimistas, que una vez que se haya completado en la UE la reestructuración de la austeridad, surgirá una Europa más liviana y competitiva. Sin embargo, para poder compensar la ralentización china, el crecimiento económico europeo tendría que sobrepasar el alcanzado durante el periodo de la «gran moderación» previo a la crisis financiera. Incluso en ese caso, el crecimiento económico global tan solo recuperaría los valores logrados en el periodo posterior a la crisis: 2009 a 2013, entre el 3% y el 4%.

Pero todo esto implicaría suponer que China fuera capaz de volver a su objetivo de crecimiento a largo plazo –entre el 7% y el 8%– y después mantener ese ritmo. Claro está que hay quienes alertan una vez más de que la economía china ya ha llegado al punto en el que empezará a comportarse como hizo Japón a principios de los 90, esto es, más de dos décadas de rápida expansión económica seguidas de más de dos décadas de estancamiento. Ciertamente, hay algunas semejanzas superficiales.

Un auge especulativo que da lugar a una acumulación de activos de deuda tóxicos en manos de los bancos, una población que envejece, la saturación de los mercados de exportaciones y el estrechamiento de los márgenes de beneficio debido a los crecientes costes de las materias primas y los salarios. Aun así, tales alarmas aún parecen prematuras.

No obstante, cualquier intento por parte del Gobierno chino de repetir el crecimiento a base de inversión que sacó a China de la recesión posterior a la crisis es probable que se tope rápidamente de nuevo con los límites de la escasez de trabajo dentro y de materias primas fuera. No parece probable que China recupere las tasas de crecimiento de dos dígitos. De hecho, bien podría darse el caso de que la tasa de crecimiento sostenible a largo plazo vaya declinando gradualmente.

Esto iría en consonancia con las previsiones de aquellos economistas occidentales que urgen a China a moverse hacia una economía más orientada al consumo y menos dependiente de un crecimiento basado en las exportaciones o en la inversión. Según este punto de vista, los chinos deben aceptar que a medida que su economía «madure», inevitablemente convergerá hacia la estructura y las tasas de crecimiento de las economías maduras del viejo feudo capitalista. Pero este punto de vista pasa por alto los coordinados esfuerzos llevados a cabo por el Estado chino para lograr una gran reestructuración de la acumulación de capital en el país que, si tiene éxito, hará que China pase de ser un gran importador neto de capital a ser un gran exportador. De ese modo, se permitirá que el capital chino explote el trabajo y la producción de productos primarios en todo el mundo.

Durante más de una década, China ha estado invirtiendo decenas de miles de millones de dólares en el extranjero en forma de empresas conjuntas con Gobiernos de Asia, África y Sudamérica, a fin de desarrollar la producción de alimentos, combustible y materias primas. Esta exportación de capital ha tenido el objetivo estratégico de asegurar a largo plazo la oferta de los productos primarios necesarios para un crecimiento continuo sorteando los «mercados de materias primas» de Nueva York y Londres. Sin embargo, esta exportación de capital queda empequeñecida por los cientos de miles de millones de dólares al año de inversión extranjera directa en China por parte de capital europeo y estadounidense.

En 2013, Xi Jinping anunció algo que en su momento pasó completamente desapercibido fuera del Partido Comunista Chino, y que bosquejaba sus ambiciosos planes de desarrollar dos nuevas rutas comerciales que conectarían China con Oriente Próximo, África y Europa. Una ruta terrestre a través de Asia Central que se conocería como la «Nueva Ruta de la Seda» y una «Ruta Marítima de la Seda» que recorrería las costas del Sudeste Asiático y el subcontinente indio para terminar en el golfo Pérsico. El desarrollo de estas dos nuevas rutas comerciales no solo acercaría a China sus proveedores de alimento, combustible y materias primas y a los destinos de sus exportaciones en los mercados europeos, sino que también abriría las remotas áreas ricas en minerales de Asia Central.

El desarrollo de estas rutas requerirá vastas inversiones de capital para la construcción de la infraestructura de transporte y comunicaciones, es decir, puertos, carreteras, oleoductos y vías férreas. En 2014, China fundó el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras (AIIB por sus siglas en inglés), siguiendo el modelo del Banco Mundial, para ayudar a financiar esas inversiones. El capital inicial del AIIB ha sido suministrado por suscripciones de Gobiernos de todo el mundo, siendo China quien ha aportado la mayor parte, y ahora puede ser «apalancado» mediante empréstitos en los mercados financieros globales. El AIIB será entonces capaz de garantizar grandes préstamos para ayudar a financiar las distintas empresas conjuntas con los socios de China en Asia, que necesarias para construir las nuevas rutas de la seda y aprovechar las ulteriores oportunidades de inversión que se abran con ellas.

Por supuesto, los planes de Xi Jinping afrontan grandes obstáculos en su realización. Tendrá que haber muchas y largas negociaciones diplomáticas y comerciales con los socios asiáticos de China. Teniendo en cuenta que la «Nueva Ruta de la Seda» recorrerá las políticamente inestables regiones de Asia Central, habrá que superar considerables problemas de seguridad ante los posibles ataques islámicos y de otras fuerzas.

Sin embargo, ya se están dado los primeros pasos. Se ha construido una nueva vía férrea desde China a Pakistán, que es la primera parte de un gran acuerdo para renovar la red paquistaní de ferrocarriles con capital chino en los próximos cinco años. También se ha alcanzado un nuevo acuerdo con el Gobierno paquistaní para construir un puerto de última

generación en Gwadar que será parte de una «nueva zona económica». Mientras tanto, China está actualmente negociando con los Emiratos Árabes Unidos para desarrollar su industria de energía solar. La realización de los ambiciosos planes de Xi Jinping para las Rutas de la Seda traería consigo una reestructuración transformadora de la acumulación global de capital.

Aufheben, abril de 2016

***

DADO Ediciones es una microeditorial interesada en publicar libros inéditos de carácter científico-social con una clara vocación política, aunque no sea de intervención directa ni de demostración militante. No pretende aprehender la totalidad de los fenómenos sociales, ni se declara apta para organizar la sociedad en sus aspectos teóricos o pragmáticos. Tampoco se erige en portavoz del antagonismo, de la rebeldía, de la oposición, del contrapoder o de la docencia progresista. Más bien evita todos esos lugares comunes de la divagación actual que parecen haber convertido un humilde oficio, como la edición de libros, en un dogma de consolación. Tan sólo se apasiona por la ambición de la crítica y por su difusión a través de un medio tan convencional como poderoso, el libro.

DADO EDICIONES

Colección DISONANCIAS

1. ALAIN BROSSAT
El gran hartazgo cultural
2. ROBERTO RODRÍGUEZ (ed.)
Contrapsicología
3. ARNAULT SKORNICKI
La gran sed de Estado. Michel Foucault y las ciencias sociales
4. JORGE FERNÁNDEZ GONZALO
Manifiesto pospolítico
5. GENNARO AVALLONE y ENRIQUE SANTAMARÍA (coords.)
Abdelmalek Sayad: una lectura crítica
6. COLECTIVO *AUFHEBEN*
El retorno de la crisis. La crisis financiera de 2007 y su paso por Europa

Colección ENTELEQUIA

1. ANDRÉS LOMEÑA
Ficcionología

Colección INÉDITA

1. MAURICE HALBWACHS
Los orígenes del sentimiento religioso según Durkheim
2. ALFRED SOHN-RETHEL
Trabajo manual y trabajo intelectual
3. DAVID J. DOMÍNGUEZ (ed.)
Clío en disputa. El debate epistemológico entre sociólogos e historiadores

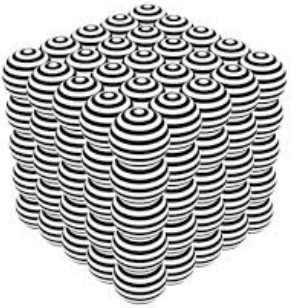
Colección FILOSOFÍA Y SOCIEDAD

1. JOSÉ LUIS VILLACAÑAS y RODRIGO CASTRO (eds.)
Foucault y la historia de la filosofía

Colección VARIACIONES

1. DOMINIQUE CARDON
Con qué sueñan los algoritmos

DISONANCIAS se inscribe en un mapa de las incertidumbres prácticas. Indaga en la falta de correspondencia, conformidad o igualdad entre dos o más cosas, por ejemplo entre la disposición crítica y su desgaste. Los desacuerdos también pueden resultar de la repetición exagerada de los tópicos o de la falta de proporción entre los proyectos renovadores y su realización. Crítica de la crítica.



La coedición de *El retorno de la crisis.*
La crisis financiera de 2007 y su paso por Europa
del Colectivo *Aufhben* realizada por Dado Ediciones
y Klinamen se terminó de imprimir en
Gráficas de Diego, con tipografías Linus Libertine
Biolinum y Lovelo, en Madrid en diciembre de 2018